

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA

DE LA

REBELIÓN Y DESPOJO DE LAS ISLAS FILIPINAS

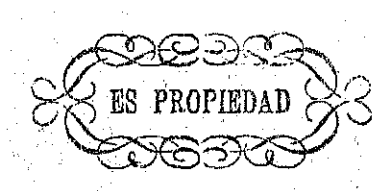
ESCRITA POR JUAN DEL PUEBLO

MADRID

Despacho: Calle del Arenal, núm. 11.



N. 60. 754



HISTORIA

DE LA

REBELIÓN Y DESPOJO DE LAS ISLAS FILIPINAS

ESCRITA

POR JUAN DEL PUEBLO

INTRODUCCIÓN

El año noventa y seis,
por Agosto, cuando menos
podía nadie esperarlo,
inicióse el movimiento
insurreccional más grave
que ha habido en el Archipiélago
filipino, gran colonia,
de privilegiado suelo,
que descubrió Magallanes,
aquel navegante intrépido
cuyo nombre inmarcesible
dió al americano estrecho
que está al Sur del Nuevo Mundo
junto á la Tierra del Fuego.

La colonia filipina,
conjunto de islas sin cuento,
en Oceanía se halla
de China y Japón no lejos;
y son tantas las riquezas
que atesora, y es tan bello
el país, que la codicia

desde muy remotos tiempos
despertó de japoneses,
de chinos y de europeos.
Su capital es Manila,
bella ciudad con buen puerto
en una bahía inmensa;
ciudad de mucho comercio
y en la cual establecióse
de nuestro dominio el centro.
Llámanla *Perla de Oriente*
peninsulares é isleños,
y es en verdad una perla,
y de valor tan inmenso,
que no hay otra que la iguale
en uno y otro hemisferio.

Tuégales sus moradores
son de raza, traicioneros,
desleales, levantiscos,
hipócritas y perversos.
En su condición salvaje
muéstranse bajos, rastreros;

fingiendo una sumisión
que están de querer muy lejos,
pues en cuantas ocasiones
han reunido elementos
para alzarse contra España,
claro han mostrado su empeño.

Y no es del indio la culpa,
sino de ese inmundo engendro
llamado *mestizo*, sierpe
que envenena con su aliento,
cuya ambición es tan grande
cuanto es villano su pecho.
Como aborrece el trabajo
y no concibe el progreso,
oculto vive en la sombra
siempre á conspirar dispuesto;
olvida el bien que recibe;
con el indio es altanero;
es cruel en sus venganzas,
y hacer quiere á todos siervos
de su soberbia sin límites,
de su ambición sin ejemplo.
Ni en ciencias, artes ú oficios
descollaron sus talentos;
imita como los monos,
y vive como los cerdos;
y si algo de humano encierra
en su vacío cerebro,
es el germen de lo malo,
no es la savia de lo bueno.

Serpiente del paraíso
en que nació, ser rastrero
como el reptil, sólo vive
para envenenar el pecho
que le da calor y vida.
¡Lástima grande que á tiempo
no se le hubiera arrancado
á tal víbora el veneno
con que emponzoñó la sangre
de quien tanto bien le ha hechol...

Por Agosto se dió el grito
de rebelión, pretendiendo
declarar la *independencia*.
A grito tal sucedieron
los excesos más terribles,

los crímenes más horribles.
Todas las malas pasiones
desbordáronse sin freno,
y el rebelde, al fin salvaje,
llevó, donde pudo hacerlo,
el asesinato, el robo,
la destrucción y el incendio,
dignas hazañas de seres
tan villanos y perversos.

La insurrección filipina
contaba ya mucho tiempo
de preparación. Oculta
en las sombras del misterio,
años y años existía
la conjura, y en secreto
propagábase alentada
por el *mestizo* elemento.
Katipunan era el nombre
que sus autores la dieron.

En Madrid había un núcleo
de espías filibusteros
que explotaron la ignorancia
de ciertos hombres ineptos,
vividores, mal llamados
políticos, que trajeron,
rapaces, con su conducta
ruina, vergüenzas y duelo
sobre la nación más noble
que conoció el Universo.

Esos partidos políticos
de vagos y aventureros
sin vergüenza; de farsantes
vampiros del presupuesto;
de *monstruos* cuya soberbia
quería escalar los cielos
y eran la impotencia suma
lo mismo en alma que en cuerpo
de rufianes chavacanos
cuyos únicos talentos
consistían en *dormirse*
dejando al azar del tiempo
la solución de las cosas
más graves... ésos trajeron
la catástrofe que á España
la ha sumido en hondo duelo,
privándola de colonias
y arrastrando por el cieno
la bandera de la Patria
donde en mal hora nacieron.

Por su estupidez llevados—
si es que no por su provecho—
dieron protección sin tasa,
y cargos y nombramientos,
á los *chongos* filipinos,
espías de los que fueron,
al grito de independencia,
para España tan funestos,
y así pudo prepararse
el rebelde movimiento.

No faltan quienes acusen
de tantos daños al clero,
culpando por sus abusos
y por su falta de celo
á las órdenes monásticas
que explotaron desde tiempo
inmemorial la colonia...—
¡Pobres, desdichados pueblos
los que padecen tal plagu

y no ven su daño, ciegos!—
Todos los males del mundo
tienen eficaz remedio
cuando, sabido su origen,
matan éste por completo.
Jamás pueblo alguno pudo
prosperar cuando en su seno
llevaba esa eterna rémora,
ese cáncer, mal ejemplo,
que vive como un parásito
las riquezas absorbiendo
de los pueblos que trabajan
á la sombra del progreso.

Si el monaquismo fué origen
de la insurrección, debemos
cuantos amamos á España
pedirle cuentas por ello,
y acabar tanta ignominia,
echándole de este suelo.

PARTE PRIMERA

LA PRIMERA ETAPA

El general Blanco lucha
con sus fuerzas, muy mermadas,
para vencer al rebelde
por la fuerza de las armas,
y en su ceguera sin nombre
compromete nuestra causa
no midiendo de los hechos
la grandísima importancia.
Las fuerzas peninsulares
con que cuenta son muy escasas;
la insurrección es potente
y cada día se ensancha,
porque las tropas indígenas
á los rebeldes se pasan;
los pueblos contaminados,
unos tras otros se alzan;
y cual raguero de pólvora
al contacto de una brasa,

así se extiende imponente
la enemiga contra España.

En Cavite se halla el centro
de la insurrección tagala,
y allí de nuestros soldados
al ataque se preparan.
Fuertes trincheras construyen;
siembran el suelo de zanjas;
fabrican pozos de lobo;
con cañones y lantacas
fortifican sus defensas;
y desde Cavite mandan
emisarios á los pueblos
para que éstos á su causa
se unan, alzando partidas
y promoviendo algaradas.

Blanco, el general, en tanto,
ve, aunque tarde, que no bastan

para batir al rebelde sus fuerzas, y pide á España refuerzos y municiones. Los españoles se arman y forman de voluntarios un cuerpo. Se abre sumaria para depurar los hechos, y pronto se ve á las claras quiénes son los principales autores de aquella trama.

La ley se cumple, y algunos son pasados por las armas; pero hay falta de energía donde rigor hace falta. La traición no se detuvo nunca con buenas palabras: para atajarla el camino nada hay como la metralla. Esto piensan en Manila; esto dicen en España; generales diplomáticos no sirven para batallas: cada cual tiene su oficio, y al que no sirve, se aparta.

Con torpeza sin ejemplo Blanco un ataque prepara contra las fuerzas rebeldes que esperan atrincheradas. No hay quien no vea un desastre en conducta tan errada; todos ven el resultado, y todos sienten la alarma consiguiente al despropósito que el ciego caudillo trama; porque ven las consecuencias en tanto que él no ve nada.

Manila es un hervidero de traidores, que trabajan impunemente. El peligro crece; ya no hay confianza ni en el recinto, pues dentro de la línea de murallas se conspira abiertamente contra nuestra madre Patria. En vano que se le advierta la verdad de lo que pasa á Blanco; él duerme tranquilo sobre el volcán que amenaza asolar cuanto á su paso

encuentre. ¡Santa ignorancia!

Y para probar al mundo lo que vale y lo que alcanza, el buen general dispone que sus huestes, castigadas por el clima y los combates que á diario sostienen, vayan á buscar del enemigo á la fuerza atrincherada, ¡sin municiones siquiera para reñir la batalla!

La derrota era segura; pero Blanco también marcha con los suyos: es preciso que aprenda el mundo su táctica. Para apoyar á los nuestros, cuando hacia Cavite avanzan, desde la cercana costa rompe el fuego nuestra escuadra. Blnacayán es tomado por nuestras tropas bizarras, no sin que el plomo enemigo nos causase muchas bajas. Pero de Cavite Viejo es más difícil la entrada, por que el enemigo tiene perfectamente artilladas las numerosas trincheras tras de las cuales se ampara. Cuantos avanzan pretenden sucumben á la metralla enemiga, y el desastre es tal, que en la retirada hallan salvación los nuestros contra el diluvio de balas que lanza la artillería de las defensas tagalas.

Blanco de su plan desiste cuando ve patente y clara la derrota, y da las órdenes para que sus tropas vayan retirándose á Manila, hasta tanto que de España lleguen refuerzos. ¡Qué gloria para Blanco conquistada!

Donde el salvaje tagalo pone su desnuda planta,

no hay crimen que no realice
ni atropello que no haga.
Frailes, mujeres y niños
peninsulares, su saña
padecen, y no hay horrores
que á los bestias satisfagan.
La esclavitud de los nuestros—
á ninguna comparada—
da aliento á aquellos bandidos
en sus mezquinas venganzas,
y con martirios horrendos
su embriaguez de sangre se harta.
Para el débil no hay clemencia,
que ha llegado la hora ansiada
por el tagalo maldito
de realizar tanta infamia
como soñó, cuando hipócrita
á nuestros pies se arrastraba.
El reptil se alza soberbio
y arroja al cielo sus babas
ponzoñosas, figurándose
que es la victoria su esclava.
No hay piedad para el herido
que en la sangrienta batalla
cayó. El cobarde tagalo
en sus víctimas se ensaña,
y al indefenso tortura
y al moribundo maltrata.

.....
Pero se obstina el soberbio
político que nos manda
en sostener al caudillo
autor de tantas desgracias,
como si él y su soberbia
importasen lo que España.
Hasta que al fin se le obliga
á que humille su arrogancia
y anteponga á sus flaquezas
el interés de la Patria.

.....
En mal hora, hombre funesto,
le dieron las circunstancias
la facultad de ser árbitro
del país. Él fué la causa
de todos nuestros desastres,
porque él dirigió la marcha,
durante el cuarto de siglo

último, de la menguada
política que ha arrastrado
nuestra bandera á las plantas
de los bandidos de América,
desmembrando de la Patria
el territorio. Sus culpas
las pagamos, y muy caras;
justo es que le dé la Historia
el fallo que su insensata
gestión política debe
merecer. Caiga quien caiga.

Con destino á Filipinas
en nuestros puertos se embarcan
soldados y municiones,
artillería y vituallas.
Y para que ataje el daño
que la impericia causara
es nombrado Polavieja,
un veterano de África
que desde humilde soldado
supo conquistar la faja
de general, con bravura,
en los campos de batalla,
y no en los bandos políticos,
donde las intrigas mandan.
De hombre tan íntegro y bravo
todas las gentes honradas
esperan mucho, y no en balde;
que tiene muy justa fama
el caudillo que ha logrado
subir, sin mengua ni tacha,
del alto puesto que ocupa
la dura y penosa escala.

En él la esperanza puesta
de sus compatriotas, marcha
á la colonia el valiente
Polavieja. Allí le aguardan
laureles bien adquiridos,
coronas que teje España
para el soldado de mérito
que sabe dar con su espada
alto ejemplo á los que guía
y victorias á su Patria.

PARTE SEGUNDA

GLORIAS Y MISERIAS

La rebelión su pujanza desde los montes demuestra, ó en los bosques escondida, ó en las sólidas trincheras que defienden á Cavite: el cubil de tales hienas. El imbécil Bonifacio de Siláng rey se presenta; los Aguinaldo figuran en las filas insurrectas como generales; Vito con Rosario y con Llanera han sentado plaza de héroes, y su estupidez pasean engalanados con plumas y la camisa por fuera; un monago se hace obispo; un pescador se contenta con ascender á almirante; unos cuantos tragaberas se truecan en diplomáticos y en el Japón se presentan para que el Japón les dé armas y municiones á cuenta del Tesoro filipino, lograda la independencia. Un escribientillo asciende hasta ministro de Hacienda; un curial asume el mando de la justicia; un corneta desertor gobernar quiere toda una provincia entera... Y así se halla la colonia cuando los refuerzos llegan y desembarca en Manila el general Polavieja. A Blanco le es doloroso el dar del poder las riendas

sin lograr una victoria sobre la gente insurrecta. Quiere que un hecho glorioso atende sus torpezas, y todo se vuelve obstáculos para salir con su empresa. Mas al fin cede y se embarca para España, por herencia dejando una rebeldía creciente, audaz y con fuerzas.

.....
Y aquí tiene su principio la historia de las proezas realizadas para gloria del general Polavieja.

—
El tagalo no descansa: sabe que el todo se juega, y á la lucha se dispone reforzando sus defensas. Al frente se halla Aguinaldo con su hermano, un par de bestias que disfrutan gran prestigio entre la tropa insurrecta.

El número de rebeldes todos los días aumenta, y los soldados indígenas de nuestras filas desertan con armas y municiones, sumándose á la caterva que puebla los dos Cavites, Pamplona, Imus, Noveleta, Siláng, Santa Cruz, Rosario, Dasmariñas, Indang, Euna, Salitrán, Bacoor, Carmona... ¡toda la provincia entera!

Construyen enormes fosos;
multiplican las trincheras;
corónanlas con lantacas
y cañones; aprovechan
los materiales de hierro
del arsenal, y no cesan
de fabricar proyectiles,
bombas, granadas, *et cætera*.

La pasividad de Blanco
de confianza les llena,
y como los meses pasan
y el *castila* nada intenta,
se corren los insurrectos
de Manila hasta las puertas,
llevando continuamente
la alarma por donde quiera.
Del *Katipunan* la obra
va adelante, y ya se cuenta
por millares de rebeldes
los que en el campo se encuentran,
formando grandes partidas
que matan, roban é incendian,
por el terror imponiéndose
á los pueblos donde entran.

Los frailes que son cogidos
no hallan piedad; como fieras
son tratados, sometiéndolos
á las más terribles pruebas.
Hombres, mujeres y niños
españoles que tropiezan
con tales hordas, son víctimas
de crueles violencias,
y los enfermos y ancianos
en ninguno hallan clemencia.

Pero el *castila* no duerme.
El general Polavieja
dispone sus batallones
sin la menor impaciencia.
Su plan ha sido trazado
con madurez, y comienza
el movimiento de tropas
ordenado y con prudencia.

Al frente de nuestros bravos,
jefes heroicos se encuentran;
Lachambre, Zabala, López,
Barraquer, Marina... Y mientras,
la escuadrilla de Montojo
está á secundar dispuesta
desde el mar, la acometida

del ejército de tierra.

Los rebeldes ya no dudan
que la cosa va de veras;
y confiando en su triunfo,
dispónense á la pelea
en pueblos, sierras y bosques,
en reductos y trincheras.

En Pamplona, el enemigo
ha acumulado defensas
que hacen casi inexpugnable
la población. Hay en ellas
tres mil rebeldes ansiosos
de demostrarnos su fuerza,
mandados por cabecillas
de los de más influencia.

El coronel Barraquer
sus bravas huestes ordena
y dispónese el ataque
de la canalla insurrecta.
Primero las posiciones
del tagalo cañonea,
y luego contra ellas manda
cargar á la bayoneta.

El choque es rudo; la tropa
acomete á la carrera
y asalta los parapetos
y reductos y trincheras,
y tras sangrienta batalla
al cabo Pamplona es nuestra.
Las bajas son numerosas;
la sangre empapa la tierra;
cada soldado es un héroe
que como un león pelea,
dispersando al enemigo
con su indómita fiereza.
El tagalo huye aterrado,
y sobre Pamplona ondea
de la valerosa España
la siempre gloriosa enseña.

Albert vadea el Zapote
y gana la orilla opuesta
castigando rudamente
del enemigo á las fuerzas.
En este río el salvaje
tagalo hace resistencia,
porque sabe que es el paso.

principal á sus defensas.
La bravura de los nuestros
al rebelde asombra, aterra,
pero el rebelde combate
como combaten las fieras,
temiendo el duro castigo
que á la rebeldía espera.
Y lucha desesperado
hasta que el terror le ciega,
y huye al fin como la liebre
que su salvación espera
burlando al lebrél que sigue
entre arbustos y malezas.

Lachambre marcha de frente
con su división, compuesta
por las brigadas Marina,
Jaramillo y Cornell. Lleva
como auxiliar la de Galbis,
con instrucciones secretas,
y avanza resueltamente
por Cavite. Es grave empresa
la que le está encomendada,
y aunque realizarla espera,
no desconoce los riesgos
que debe encontrar en ella.

Hacia Siláng se dirige
con sus valerosas fuerzas,
en tanto que en Parañaque
va á situarse Polavieja,
manteniendo al enemigo
en situación violenta,
pues que amenaza atacarlo
por donde él más lo desea:
por los sitios que ha sembrado
de fortísimas trincheras.

.....
España espera del cable,
con ansiedad manifiesta,
las nuevas de la campaña
que contra el tagalo empieza;
y es el interés tan vivo,
que no hay nadie que no vea
en plan tan bien meditado
dificultades inmensas.

.....
Con precisión matemática

á desarrollarse empieza
el plan de ataque. Divídense
en dos columnas las fuerzas
de Lachambre; una, á sus órdenes
y otra que Marina lleva.
Hacia Siláng se dirigen
salvando las asperezas
del camino, donde le hallan;
tomando fuertes trincheras;
atravesando montañas;
cruzando bosques y selvas;
bajando por precipicios
cuyo solo aspecto aterra;
atravesando el Río Grande,
y batallando sin tregua
contra la gente emboscada
de las filas insurrectas.
Aguinaldo es el caudillo
que contra el leal opera,
confiando ciegamente
en su triunfo, pues no piensa
que no hay obstáculo que
nuestros soldados no venzan.
Y al cabo de algunas marchas
las dos columnas se encuentran
en Iba, pueblo situado
de Siláng casi á las puertas.

El tagalo no recibe
operación tan soberbia,
hasta que nuestros cañones,
con puntería certera,
bombas y metralla arrojan
sobre aquel antro de fieras,
que en breve nuestros soldados,
al clamor de las cornetas,
asaltan con gran empuje,
entrando á la bayoneta
en Siláng; en cuyo templo
colocan nuestra bandera.

El terror del enemigo
es indescriptible. Piensa
que es Siláng inexpugnable
por sus enormes defensas,
y encuéntrase que el *castila*
todo cuanto al paso encuentra
lo arrolla, venciendo al hombre
como á la naturaleza,
que opuso á su marcha rios,
abismos, bosques, malezas,

calores abrumadores,
hambre, cansancio y dolencias.

Y el triunfo fué para España.

Aguinaldo, aquel gran bestia
que en su delirio ambicioso
llegó á creerse que era
dios del orbe, de Siláng
salió el pobre con tal priesa,
que se dejó las insignias
de mando en la santa tierra.
El golpe fué tan tremendo,
que ni de almorzar siquiera
dióle tiempo al muy ganápairo.

En cambio, hallaron las fuerzas
españolas, que el día antes
caballo comieron, puestas
en los hogares comidas
de que dieron buena cuenta.

.....
Un cementerio las calles
del pueblo de Siláng eran,
pues los proyectiles nuestros,
que destruyen cuanto encuentran,
hicieron cientos de bajas
en las filas insurrectas.
Casi todo el pueblo, en ruinas,
pagó su conducta artera,
que la traición no merece
que los leales se duelan.
Los rebeldes, derrotados,
evacuaron con presteza
la población, y Lachambre
hízose dueño de ella,
demostrando lo acertado
que el general Polavieja
estuvo al trazar el plan
de campaña, y la certera
ejecución de los bravos
que hicieron tales proezas.
El golpe fué tan tremendo,
que Aguinaldo y sus colegas
vieron clara la derrota
de sus desquiciadas fuerzas,
y hacia Cavite marcharon,
donde creyeron que era
fácil el desquite. ¡Sueños
de su mente soñolienta!...

Dasmariñas, Salitrán,
Santa Cruz y Noveleta,
Imús y Cavite Viejo,
de San Nicolás la hacienda,
y todas las posiciones
de las huestes insurrectas,
fueron del bravo Lachambre
y de sus bizarras fuerzas,
tras de batallas reñidas,
al cabo gloriosa presa.
Así se probó el acierto
del general Polavieja
y el empuje de las tropas
que en hechos lo tradujeran.

Pero de la gloria al lado
también está la miseria.

Aquel Cánovas, funesto
por su maldita soberbia,
hubo de sentir en envidia—
que pasión noble no era—
del general victorioso,
y con saña manifiesta
procuró mortificarle
haciendo que dimitiera.

¡Lástima que fuese España
quien pagó tantas miserias!...

La única página digna
en nuestras últimas guerras;
el único hombre modesto
que ha mostrado inteligencia,
valor, seriedad, bravura,
integridad y firmeza
en los puestos que ha ocupado,
fué el general Polavieja.

Claro es que hombre de tal talla
no podía á las bajezas
de los políticos-cacos
sucumbir; y su prudencia
demostrando, dejó el puesto
en que tan gallarda muestra
dió de su valer, y á España
tornó, cuando España entera
benedecía de su nombre.—
¡Qué más justa recompensa!—

En cambio la pillería,
que será de España afrenta,
para robar al caudillo
la satisfacción inmensa
que produce al hombre honrado

el aplauso con que premian los pueblos á quienes cumplen su deber, buscó manera de burlar á los patriotas, y con artimañas necias evitó que el entusiasmo público hacia Polavieja se manifestase. ¡Inútil empeño! No hubo quien viera en tales artes más fondo que el fondo de la protesta que la envidia y el despecho contra lo que es digno inventan.

Al fin y al cabo la Historia dirá de la España nuestra— cuando los odios se apaguen

y las justicias acrezcan— que el cuarto último del siglo décimo nono, fué presa nuestra nación: de rufianes, vividores sin conciencia, de soberbios degradados con ínfulas de eminencias, durante cuyo dominio perdió España su grandeza, la justicia fué un comercio, una mentira la ciencia, y la administración pública de negros una merienda.

.....
¡Malditos mil y mil veces los autores de tal mengua!...

PARTE TERCERA

CHANCHULLOS Y COMPLICACIONES

Para que los resultados de tan brillantes victorias fuesen cual se pretendía, urgía el que, sin demora, ocupasen del tagalo el que fué su centro, tropas peninsulares. Y á esto obedecieron las lógicas reclamaciones que hizo el jefe de la Colonia. Pero aquel Gobierno infausto, en su ceguedad notoria, negóse á enviar refuerzos, sólo por nublar las glorias conquistadas por el bravo Polavieja—que así obran los hombres cuya miseria intelectual no perdona al mérito demostrado

en empresas tan gloriosas.—

El pandillaje político que á España arruina y deshonra, se siente mortificado cuando provecho no logra; y como hay un alto puesto que todavía no explota, hacia él sus miras dirige en la oceánica colonia.

Y el *monstruo* aquél endiosado realiza la insana obra de un Judas, y al hombre ilustre que á España cubrió de gloria despójale de su puesto... y da éste á... quien lo ambiciona.

¡Se precisa ser... *muy sabio* para intentar ciertas cosas!

La dimisión se le admite
y á la Península torna
el general Polavieja.
Primo de Rivera toma
el mando del Archipiélago...
y aquí comienzan las *sombras*.

En unas cuantas batallas
sin importancia, se logra
que el tagalo se disperse;
tras de esto á España retornan
tropas que hacen allá falta;
y luego sigue la *compra*...
de Aguinaldo y sus amigos...
¡Qué campaña tan gloriosa!

.....
En tanto el *yankee*, que aspira
á privarnos de colonias,
al insurrecto de América
ayuda dale en su obra;
y siembra armas y dinero
entre las salvajes hordas
filipinas, que Aguinaldo
en aquel punto traiciona.
Guerra contra España quieren
los *yankees* á toda costa,
y no hay baja que no hagan
ni obstáculo que no opongan
con tal de ver si desmembran
á la nación española.
En Hong-Kong los cabecillas
vendidos refugio toman,
y allí pactan con los *yankees*
de rebelarse la forma,
mientras Primo de Rivera
en sus laureles reposa
gestionando su relevo
para regresar á Europa,
pues le corre mucha prisa
disfrutar de sus victorias
el fruto, tranquilamente,
sin temores ni zozobras.

Verdad es que aun hay rebeldes
en armas; que no abandonan
el campo los cabecillas
que no entraron en la *compra*;
que es escaso el contingente
de las fuerzas españolas...
Pero, aunque eso verdad sea,
lo que más á Primo importa

es volver á la Península
á saborear su... gloria.

—
Para nadie son misterio
del *yankee* las maniobras.
Quiere guerra á todo trance
con España, porque ahora,
desangrada por dos guerras
y sin recursos, la obra
del despojo no es difícil:
como la ocasión no habrá otra.
Y como ladrón que acecha
á su víctima en traidora
encrucijada, así el *yankee*
va á luchar de España en contra
El gran bandido Mac-Kinley
tiene sabido de sobra
que no hay en el mundo pueblo
que junto á España se ponga
en condiciones iguales;
por eso extrema las cosas
y derrama á manos llenas
el oro, con el que compra
en Cuba y en Filipinas
traidores de baja estofa
que le preparen el campo
de su segura victoria.
Y así llega el rompimiento
á que el *yankee* nos provoca
con la complicidad tácita
de las naciones de Europa,
y aliado con Inglaterra,
contra España siempre pronta.

—
Sin creer nadie en España
indudable la victoria
sobre el coloso enemigo,
espérase si que, corta
ó larga la lucha, quede
nuestra bandera con honra;
pues probado el heroísmo
está de la raza indómita
que sabe morir luchando,
según lo enseña la Historia,
en Numancia y en Sagunto,

en Gerona y Zaragoza.
Las afrentas de los *yankees*
y su injusticia notoria
han sublevado los ánimos,
y la indignación patriótica
á la guerra nos arrastra
con violencia asombrosa.
Mas pronto se ve por todos
que vamos á la derrota,
porque no hay lucha posible
donde faltan á las tropas
armas, víveres, pertrechos,
municiones... ¡hasta ropal...
La marina, que al Erario
tanto costó, se ve ahora
que no sirve para nada
por ser muy mala y muy poca...
Y ante el desastre inminente
á que nos lleva la sórdida
ambición de los políticos
y su ineptitud, la heroica
actitud en desaliento
se convierte de hora en hora.

Los barcos que en Filipinas
nuestra bandera tremolaban
son armatostes inútiles,
máquinas viejas, costosas,
impropias para combate,
para la defensa impropias,
y que si la lucha aceptan
serán pasto de las olas.

En cambio el americano
lleva naves poderosas,
cañones de gran alcance,
¡cuanto pide la victoria!

Y una noche en la bahía
de Manila, cuya boca
no defienden ni un torpedo,
ni una mina, se entra toda
la escuadra *yankee*, y apenas
alumbrado el sol, se coloca
frente á Manila y Cavite,
y á la escuadrilla española
acomete á cañonazos,
y con incendiarias bombas
la abrasa, echándola á pique,
sin que escape ni una sola
navé del desastre horrendo
consumado en breves horas.

Y entonces contra Cavite
el *yankee* arremete, y logra
que la plaza se le rinda
medio incendiada y ruinosa.

.....
Tal nueva llena de duelo
á España, cuya colonia
queda por mar sin defensa.
Y aunque en aquella derrota
la marina nuestra diese
pruebas de valor gloriosas,
la noticia del desastre,
al correr de boca en boca,
oprimió los corazones
con pesadumbre espantosa.

¡Triste Patria!... ¡Amargo fruto
de la imprevisión que ahoga
los esfuerzos generosos
de un noble pueblo en mal hora
dirigido por bribones
que le arruinan y deshonoran!...

Los *cerdos* americanos,
para completar su obra,
á Aguinaldo y sus *compinches*
á Filipinas transportan
desde Hong-Kong, para que éstos
de la insurrección se pongan
al frente, bien pertrechados,
con elementos de sobra,
y protegidos del *yankee*,
y á fin de que nuestras tropas
se encuentren entre dos fuegos
y sucumban á las hordas
de salvajes que Aguinaldo
capitanca. Esta forma
de hacer la guerra, es la prueba
de las *virtudes* que adornan
á las piaras de puercos
que en Norte-América hozan
y que de *cultos* presumen
aunque su barbarie asoman.

No es dudoso el resultado.
De nuevo se insurrecciona
el tagalo miserable
y otra vez las armas toma

contra España, que el pasado
perdonóle generosa.
De improviso y en gran número
los rebeldes aprisionan
á cuantos destacamentos
peninsulares en toda
la provincia de Cavite
hay distribuidos, y osan
poner á Manila sitio;
que tanto se envalentonan
con los auxilios que el *yankee*
les presta con mano pródiga.
Catorce mil prisioneros
españoles hacer logran,
con los pertrechos y armas
que éstos tienen, y en tal forma
se recrecen los *macacos*
con tan fáciles victorias, [pido,
que hasta Aguinaldo, el muy estú-
cree de veras que es persona.

Augustin, que es quien al frente
se encuentra de la Colonia,
contra *yankees* y tagalos
dispone defensa pronta;
pero ya es irremediable
el desastre, y aunque toma

cuantas medidas sugiérenle
las circunstancias, las cosas
toman aspecto tan malo,
que á defender se conforma
la capital solamente
en tanto que lleguen otras
fuerzas, pedidas á España
y que espera de hora en hora.

.....
El remedio fuera fácil
si el Gobierno con celosa
actividad atendiera
á lo que el deber informa;
pero el Gobierno dormita
tranquilo, y encuentra cómodas
su inactividad estúpida
y su funesta modorra,
y ni refuerzos envía,
ni parece se impresiona
por los tremendos desastres
que ocurren en la Colonia.
Así *gobiernan* á España
y se afanan por su gloria
estos políticos hueros
sin más patria que «la nómina»,
ineptos é imprevisores,
cuya torpeza notoria
tanto duelo y tanta ruina
á la nación ocasiona (*).

PARTE CUARTA

LA CATÁSTROFE

Por mucho que se rebusque
no es posible hallar malvados
tan odiosos y tan viles
como los americanos.

Pueblo de ciego nacido
jamás puede ser honrado,
y es fuerza que el mundo entero
se guarde mucho en sus tratos

(*) Por estar íntimamente relacionada la presente *Historia* con las de la *Guerra é independencia de Cuba* y de *España con los Estados Unidos*, recomendamos la adquisición de estas dos últimas á nuestros lectores.

de esa nación de bandidos
que hoy se muestran endiosados,
y que algún día, por fuerza,
ha de pagar todo cuanto
contra lo que es justo y recto,
criminal ha perpetrado.

España, si ha de ser digna
de sus hechos legendarios,
si ha de ocupar en la Historia
el puesto de honor preclaro
á que la obliga el recuerdo
de su glorioso pasado,
debe al pie de su bandera
jurar *odio eterno* al bárbaro
salteador, vil cobarde,
que á mansalva la ha robado
su patrimonio, ultrajándola
como lo ha hecho el muy villano.

Venganza exige la ofensa
que nos ha inferido ese hato
de malhechores; venganza
pide el infame atentado
de que hemos sido víctima;
venganza es bien que obtengamos,
y muy cumplida, y muy enérgica,
de tanto baldón y daño;
y es forzoso que lograrla
procuremos, sin descanso,
que en tanto no nos vengemos
viviremos deshonrados.

De los pasados errores
debemos pronto curarnos;
el trabajo y el estudio,
nuevas energías dándonos,
nos harán ricos y fuertes,
y un pueblo culto y honrado
que ama á su patria y su historia,
pronto verá realizados
sus legítimos deseos
de venganza, contra cuantos
enemigos le ofendieran
sin razón en día infausto.
Que la mujer española
eduque á su hijo en el santo
amor á la Patria herida
por el vil americano,
y que al arrimarle al pecho
que le da vida, los labios
del pequeñuelo reciban

el odio reconcentrado
que á esos ladrones debemos
profesar hasta vengarnos.

.....
El *yankee* armas y recursos
sin medida da al tagalo,
y la insurrección se extiende
y toma incremento rápido
en los pueblos que, leales,
siempre su adhesión mostraron
á España. Y los insurrectos,
por la traición inspirados,
al español hacen víctima
de los desmanes más bárbaros.
Hombres, mujeres y niños,
sacerdotes y soldados,
cuantos caen en las garras
del rebelde sanguinario,
á esclavitud horrorosa
son sin piedad condenados,
y los que de hambre no mueren
sucumben al feroz trato
de aquellas fieras salvajes
sin sentimientos humanos
protegidas é inspiradas
por el norteamericano.

Tal fué la obra de *cultura*
del *yankee civilizado*.

La destrucción de la escuadra
española que á Santiago
de Cuba llevó Cervera,
como consecuencia trajo
la firma de un *protocolo*,
documento desdichado
que determinó la pérdida—
ó el *robo* hablando más claro—
de las colonias que España
poseía en el Atlántico,
y el litigio—así llamémosle—
ó *despojo* descarado
de las Islas Filipinas;
que esto debían tratarlo
en París dos comisiones
nombradas por ambos bandos
para concluir las paces...
después de habernos robado.

No se registra en la Historia un proceder tan villano como el del rufián Mac-Kinley. Verdad es que nunca han dado de sí: ni águilas los topos, ni jamón los avellanos.

¿Esperar de un *yankee* nada que esté al Derecho ajustado, ó á la razón, la justicia ó la honradez?... ¡Sueño vano! El que es malhechor de origen y está entre pillos criado, ni puede negar su casta, ni olvidará los resabios adquiridos. La experiencia lo prueba así y esto es llano.

Yankee y ladrón todo es uno: sus hechos lo han demostrado.

Lo que hace falta es que España, ante los ya realizados despojos, no pierda el tiempo, ni siga ganduleando, ni consienta que los pillos se apoderen del Erario.

Hay que tomar la revancha, que recobrar lo robado, y hay que herir, pero de muerte, al ladrón. En otro caso demostraremos al mundo que nos está bien empleado lo que nos pasa, por mandrias, por eunucos y por vagos.

.....
Mac-Kinley y la pocilga sobre la que ejerce el mando, como en buena lid no saben conquistar lo que han robado, viéndonos pobres y débiles la ocasión aprovecharon, no como leal enemigo que sale á luchar al campo cual hacen los caballeros, sino como ruines cacos que sorprenden al transeunte y le despojan de cuanto lleva. Pero la canalla también gusta, en ciertos actos, de remedar las costumbres que ven en el hombre honrado.

Y permitiéndose un lujo que jamás imaginaron, se las echaron los *yankees* de caballeros; de prácticos, y después que el *protocolo* maldito quedó firmado, para terminar la guerra una comisión enviaron á París, que concertase lo que decían *tratado* y era simplemente un acta en la cual los despojados firmasen cuantas infamias los ladrones meditaron.

Pues bien; estando en suspenso las hostilidades, cuando por una y por otra parte ya la paz estaba en tratos, los *yankees*—llámense *cerdos*, ó *cochinos*, ó *marranos*, que todo les es muy propio,— á las prácticas faltando de todo los pueblos cultos, siguieron sus desembarcos de tropa haciendo, en Manila, y protegiendo á Aguinaldo con armas y municiones, y con pertrechos y barcos.

Y, mientras, seguía el sitio de la capital, luchando los españoles, sin tregua, contra los bestias tagalos; y los traidores rebeldes del país posesionados, proseguían sus horrores; y el sin igual mamarracho de Aguinaldo convocaba, como dictador, á cuantos pueblos le estaban sumisos; para dar el espectáculo de un *Parlamento*, á manera de pueblo civilizado; y se reunió la Cámara, la cual proclamó *ipso facto* la República, y de ella la presidencia á Aguinaldo confirió—¿quién con más títulos?— y vióse al *gran magistrado* con ministros y gobierno.

¡hecho todo un soberano!...
Tras de lo cual el sainete
llegó á su más alto grado,
pues una vez convenido
el sueldo para Aguinaldo—
que todo es cuestión de *perros*...—
éste se hizo diplomático
y nombró representantes,
y hasta plenipotenciarios,
y no nombró embajadores
porque no se acordó, acaso.

Con el dinero cogido,
ó mejor dicho, robado,
proveyóse de cañones.
Después envió emisarios
á todas las islas, para
que el movimiento iniciado
secundasen. De unos botes
y barcas de pesca, armadas
como se pudo, hizo escuadra;
y para que el nuevo Erario
tuviera fondos, impuso
tributo á todos los barcos
que tocasen en la costa
del nuevo y flamante Estado.

Auxiliares de tal indole
fueron al americano
molestos, y cuando hubieron
éstos con sus desembarcos
reunido algunas fuerzas,
prescindieron del tagalo,
y del cerco de Manila
alios solos se encargaron.
Pero su acción limitóse
á esperar los resultados
de la carencia de viveres,
teniendo incomunicado
el recinto de la plaza
de los pueblos inmediatos.

Augustín, por más que el cable
había sido cortado,
aprovechó cuantos medios
se le fueron presentando
para pedir al Gobierno
refuerzos. De lo contrario
no le quedaba salida,

y tendría al fin y al cabo
que rendirse con la plaza.
Pero pidió siempre en vano,
porque el Gobierno, mostrándose
como en todo, inepto, dando
tiempo al tiempo, luego puso
en lo más desesperado
á los pobres españoles
que estaban abandonados.

Ríos, general valiente
que mantenía al visayo
dentro de la ley, tampoco
tenía paz ni descanso;
y como Augustín, hallábase
por el Gobierno olvidado,
sin elementos, ni fuerzas
para impedir que el tagalo
en sus diarias incursiones
lograse llevar á cabo
su plan de encender la guerra
donde aun no había estallado.

.....
Al firmarse el *Protocolo*,
Augustín resignó el mando
del Archipiélago en Ríos,
y refugióse en un barco
de guerra alemán que al punto
á Hong-Kong llevóle á salvo.
Y ya, siguiendo las prácticas
que en pueblos civilizados
son de ley, quedó en suspenso
la guerra entre americanos
y españoles. Pero el *yankee*,
su bandidaje mostrando—
que por algo el bandolero
Mac-Kinley, rufián probado,
era su jefe ó caudillo,
ó capitán,—despreciando
toda ley de pueblo culto,
quiso tomar por asalto
á Manila; y tras de breve
batallar, de los sitiados
consiguió rendir la plaza.

.....
Nadie vió en tal resultado
la heroicidad de los *yankees*,
puesto que éstos, si atacaron,
fué cuando no procedía
en buen derecho, y empleando

proyectiles prohibidos:
explosivos é incendiarios.—
Mas ni esto valido hubiéralos,
si nuestros pobres soldados
se hallaran en condiciones
de luchar. Tras de tan largo
asedio, faltos de víveres;
noche y día batallando
contra las huestes salvajes
del estúpido Aguinaldo;
sin municiones apenas,
y rendidos y extenuados
por el hambre y la fatiga,
cuando ellos capitularon
encontróse el enemigo
con que estaban atestados
las iglesias y hospitales
de heridos y enfermos. Claro
veía el yankee el peligro
de pretender el asalto
meses antes, ni aun teniendo
el auxilio de sus barcos;
y por algo limitóse
á dejar que sus aliados,
los rebeldes, batallaran

noche y día, sin descanso,
á fin de que tras la lucha
estuviesen quebrantados
los españoles, ya hambrientos
y de municiones faltos.

.....
Y capituló Manila,
y su recinto pisaron
los yankees, sin otro esfuerzo
que lo hecho por el tagalo.
Entonces comprender pudo
el imbécil Aguinaldo
lo que iba á obtener en premio
á su traición; pues, logrado
que hubo el yankee de Manila
hacerse dueño, fué en vano
que su aliado pretendiese
penetrar en el murado
recinto. Quedóse fuera
viendo á los americanos
aprovecharse del fruto
tanto por él codiciado.

.....
*Así á los que bien le sirven—
dice el refrán—paga el diablo.*

CONCLUSIÓN

Por si aun no hubiera probado
su canallesca perfidia
el rufián vil y cobarde,
capitán de la cuadrilla
de saltadores yankees,
Mac-Kinley, cuya osadía
es comparable tan sólo
á su condición indigna,
dictó á sus comisionados
en París, la más inicua
de cuantas imposiciones
imaginó la codicia:
la anexión del archipiélago
de las Islas Filipinas.

Sólo un cobarde villano
como él á tanto osaría,

con vergüenza del Derecho
y oprobio de la Justicia.
Pero el muy cerdo, escudado
por Inglaterra, su amigo,
ante nada se detiene,
que la ocasión le es propicia.
Y es que los anglo-sajones
viven de piraterías,
y es natural que se unan
para robar á sus víctimas,
que en Europa son los pueblos
de procedencia latina.—
¡Ay, si algún día despiertan!...
¡Ay, si se unen algún día!
Que entonces verán los golfos
sajones, por su desdicha,

que si hay ladrones, hay guardias
que á los ladrones persigan.

.....
Ello es que el *yankee* maldito
nuestra España sacrifica
porque la ha encontrado débil
por sus luchas intestinas,
no porque la haya vencido
en lucha noble ni digna.
Y así los representantes
de aquella inmundicia pocilga
se atreven á hacerse eco
del jefe de su cuadrilla
y piden, trabuco en mano,
viles, la bolsa ó la vida.

.....
¿Qué oponer á tal infamia?
¿Qué hacer contra la gavilla
de malhechores cobardes
que puso su planta encima
de nuestro pecho, amagando
con una faca asesina
el golpe fatal?... Lo único
es ceder. No hay energías
en el Gobierno, y el pueblo
del Gobierno desconfía;
porque la culpa de todo
es de las gentes políticas
que viven sacrificándonos,
cubriéndonos de ignominia.

.....
¡No hay lucha ni resistencia
posibles! La pillería
que nos trajo á la catástrofe,
ocúltase, enriquecida
con los despojos robados,
y á la Patria sacrifica.
Los hombres que están al frente
del poder ven que agoniza
su dominación infausta,
y en su ineptitud supina
reparten palos de ciego,
temerosos de la ira
popular, que ruge y late
bajo la tierra que pisan.
Y en tanto, en París se trata
de ultimar á toda prisa
este martirio espantoso,
esta horrorosa agonía

que nos anuncia la muerte
y cruel nos aniquila;
y el *yankee*... — ¡maldito sea! —
como un ave de rapiña,
en nuestro desnudo pecho
clava sus garras malditas,
y nos hiere las entrañas
y amenaza nuestra vida.

.....
Nos roban cobardemente
nuestras colonias más ricas:
tras de Cuba, Puerto Rico
y las Islas Filipinas.
Y para que mayor sea
la ofensa, nos significan
que darán veinte millones
de *dollars*... suma mezquina
que es como una bofetada
de la Patria en la mejilla,
puesto que nada remedía
y nos cubre de ignominia.

.....
¡Promesas! ¿Quién de ladrones
en las promesas se fia?
Aun están debiendo á España
la deuda de La Florida,
y quieren tras de la ofensa
á nuestro honor, que se admita
su *promesa* de pagarnos
una suma tan exigua
por la anexión ó despojo
de las Islas Filipinas.
Quieren simular los viles
que lo que es robo en cuadrilla
ha sido venta acordada
libremente, y convenida...
¿Para qué? ¿Qué falta hace?
Déjate de hipocresías,
bandolero; roba todo;
sacia tu torpe codicia... —
¡Ay de ti, el día que España
se cure de las heridas
que á traición la has inferido!
¡Ya sabrás lo que es justicia!...

.....
Protestar no se permite
contra farsa tan indigna;

hay que aceptar á la fuerza
los millones que se cita,
aunque tal venta no sea
más que una necia mentira;
el *yankee*, por si no roba
bastante, quiere una isla
más de las del archipiélago
nuestro, de las Carolinas...

¡Bien se vale de la fuerza!
¡Bien contra España conspira!
¡No hay humillación ni insulto
que el *yankee* no nos dirija!...

Para dar forma al despojo
la comisión *yankee*, digna
de su inspirador Mac-Kinley,
de la española la firma
exige, bajo amenaza
de guerra...— Así se termina
de paz el tratado infame,
robando á España sus islas.

¡Triste siglo el XIX
para esta Patria querida,
en que el error de sus hijos
y la extranjera codicia,
de su colonial imperio
no han dejado ni reliquias!
Los *yankees*, viles ladrones,
héroes de guardarropía,
atropellando el Derecho
y ultrajando la Justicia
por ellos tan decantados,
pusieron su mano inieca
sobre cuanto nos restaba
de nuestra soberanía
en los mares de la América
y en el mar que baña á China.

.....
Se consumó el atentado.
En las Islas Filipinas,
que descubrió Magallanes
en otros gloriosos días,
acabó nuestro dominio.
¡Dura lección que atestigua
la obligación de los pueblos
que su dignidad estiman
de no dejar gobernarse

por las odiosas cuadrillas
de ignorantes vividores
que medran con la política!

Pueblo donde los maestros
de escuela suelen ser víctimas
de caciquillos estúpidos
y autoridades indignas;
pueblo donde cuatro pillos
se burlan de la justicia
y disponen del Erario
sin que nadie se lo impida;
pueblo donde nadie piensa
sino es en vivir al día,
y no hay previsión, ni estímulo,
ni aplicación, ni energías;
pueblo que gasta sus fuerzas
en las luchas intestinas
en lugar de engrandecerse
y ocupar en la política
internacional el puesto
á que sus glorias le obligan;
pueblo donde hay mucho fraile
y mucho torero... es lícita
su *desmembración*, pues sólo
de estorbo sirve en la vida
de las naciones; y lógico
es que también llegue un día
en que en nombre del Progreso
por Dios impuesto, decidan
su *reparto*, como se hizo
en Polonia. Quien no evita
el mal, que el castigo sufra;
quien el porvenir descuida,
que no se queje del daño
que para sí labra. Vivas
y abiertas, manando sangre
tiene España las heridas
que la han llevado á la muerte.
Si queremos redimirla
hay que vivir trabajando,
no explotando la política;
hay que abrir muchas escuelas
y fábricas; necesita
España labrar sus campos;
curarse de su apatía,
y declarar cruda guerra
á esos vagos, gente indigna,
que viven sólo del fraude,
explotando la mentira,

fanatizando á los pueblos,
corrompiendo á las familias,
y empobreciendo al Estado
con una mansa anarquía,
que si por dentro nos mata,
por fuera nos aniquila.

.....
Basta de seguir viviendo
esclavos de la rutina.
Si hemos de regenerarnos
hay que obrar con energía.
Honestez, seriedad, ciencia,
trabajo, virtudes cívicas,
amor, amor *sobre todo*
á esta Patria, noble y digna...

y España ocupará el puesto
que debe ocupar. Y fija
la memoria en lo pasado,
quien sienta en su pecho vivas
la fe y el culto á la Patria,
que en su corazón escriba
el solemne juramento
de vengar la felonía
con que los *yankees* ladrones
han hecho á España su víctima.
¡Odio eterno, inextinguible
á nuestros verdugos!... ¡Vida
nueva, y que Dios nos inspire
como á otros pueblos inspira!

FIN

HISTORIAS Y ROMANCES

QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO

HISTORIAS

	Pliegos.		Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Al- garve.....	5	El Caballero del aguila Roja.....	4
Excmo. Sr. General D. Arsenio Marti- nez Campos.....	5	Desdichas del Corregidor de Almagro.....	4
El caudillo carlista D. Ramón Cabrera.....	5	El Caballero sin cabeza.....	4
El General Espartero, Duque de la Vic- toria y de Morella.....	5	Los Juaniñones.....	4
Carlo Magno y los doce Pares de Francia.....	4	Melchor de la Cruz (a) el Diablo.....	4
Roberto el Diablo.....	4	Juan Pulgón.....	4
El Conde Partinoples.....	4	Don Diego León.....	3
Clamados y Clarnionda ó el caballo de madera.....	4	El Conde de Montemolín.....	3
Flores y Blanca Flor.....	4	Don Tomás Zumalacárregui.....	3
Pierres y Magalona.....	4	Don Pedro el Cruel, Rey de Castilla.....	3
Aladino ó la Lámpara maravillosa.....	4	Bernardo del Carpio.....	3
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.....	4	Cristóbal Colón.....	3
El Nuevo Robinsón.....	4	Hernán Cortés.....	3
Napoleón I, Emperador de los fran- ceses.....	4	Los siete Infantes de Lara.....	3
Don Martín Zurbano.....	4	Don Pedro de Portugal.....	3
Doña Blanca de Navarra.....	4	La doncella Teodora.....	3
Orlando Furioso.....	4	La heroica Judith.....	3
Símbad el Marino.....	4	Noches lúgubres, de Cadalso.....	3
El sitio y defensa de Zaragoza.....	4	Matilde y Malek-Adhel.....	3
Anselmo Collet.....	4	Abelardo y Eloísa.....	3
Subterráneos de la Alhambra.....	4	Ricardo ó Isabela.....	3
Romancero de la guerra de África de 1859 á 1860.....	4	El Marqués de Villena ó la redoma en- cantada.....	3
Gil Blas de Santillana.....	4	Elisa ó la rosa blanca encantada.....	3
Guerra civil del año 1871 al 1876.....	4	El Conde de las Maravillas.....	3
El pastelero de carne humana.....	4	Santa Genoveva.....	3
Los secuestradores de Lucena.....	4	El Nuevo Navegador ó la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	3
Candélas.....	4	El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba.....	3
Saballs.....	4	El Bastardo de Castilla.....	3
Carlos VII.....	4	Tablante de Ricamonte y Jofre Do- nación.....	3
Pedro Ramón Clarán.....	4	La Hermosa de los cabellos de oro.....	3
Los ladrones de mar.....	4	La guirnalda milagrosa.....	3
El anillo de Záfira.....	4	Los siete sabios de Roma.....	3
La oreja del Diablo.....	4	Guerra de la Independencia española.....	3
La muerte fingida.....	4	Los Niños de Eciija.....	3
La hija del Rey de Hungría.....	4	Doña Juana la Loca.....	3
El Pirata Negro.....	4	El Toro Blanco encantado.....	3
		El Principe Selim de Balsora.....	3
		Las dos doncellas disfrazadas.....	3
		El santo rey David.....	3
		Julio y Zoraida.....	3

Pliegos.	Pliegos.		
Mágico Rojo	3	El Casto José	2
Urraca ladrona.	3	El Viejo Tobias y el Joven su hijo.	2
Diego Corrientes	3	El valeroso Sansón	2
Aurelia y Fiorinda.	3	La creación del mundo.	2
El General Prim.	3	El juicio universal.	2
Ana Bolena	3	San Alejo.	2
Cornelia ó la víctima de la Inquisición.	3	San Amaro.	2
La diosa de los mares	3	San Albano.	2
Viajes aéreos.	3	Nuestra Señora de Monserrat.	2
Jaime el Barbudo.	3	El Marqués de Mantua	2
Rosa Samaniego.	3	Francisco Esteban el Guapo.	2
Pincha-uvas.	3	El cortador de cabezas.	3
Rebelión y despojo de las Islas Filipinas.	3	Los amores de una chula.	1
Guerra de Cuba.	3	El destripador de mujeres en Madrid.	1/2
Guerra con los Estados Unidos	3	Memorias del verdugo de la Inquisición de Madrid.	1/2

ROMANCES

Pliegos.	Pliegos.		
Rosaura la del guante	4	Disputa entre suegra y nuera	1/2
Doña Josefa Ramirez.	4	Matraca del estudiante.	1/2
La peregrina Doctora.	4	Los nombres y faltas de los hombres.	1/2
Doña Juana de Acebedo	4	Los once amores de un estudiante.	1/2
Griselda y Gualtero.	4	Juan Lanas	1/2
Doña Teresa de la Cueva	4	Marcos de Cabra.	1/2
Las princesas encantadas.	4	El barbero que afeitó al borrico.	1/2
Lisardo el estudiante.	4	Estragos del ratón de Canarias	1/2
Don Claudio y Doña Margarita	4	Batalla del león y el grillo.	1/2
La renegada de Valladolid.	4	La isla de Jauja.	1/2
Doña Francisca la cautiva.	4	Pronóstico verdadero	1/2
Don Jacinto del Castillo y Doña Leonor de la Rosa.	4	Virtudes del día y de la noche.	1/2
Los bandidos de Toledo	4	Virtudes del agua.	1/2
El hijo del verdugo de Córdoba.	4	El trigo y el dinero.	1/2
Don Juan de la Tierra.	4	Receta para las mujeres mal casadas	1/2
Don Juan de Austria	4	La dama Casimira.	1/2
El Conde Alarcos	4	Carácter de los habitantes de las provincias de España.	1/2
Vida de Santa Genoveva.	4	Calendario para las mujeres	1/2
Vida de Santa Rosalía de Palermo	4	La baraja del soldado.	1/2
Vida de San Alejo	4	El Maltés en Madrid	1/2
El contador espiritual	4	El niño sabio	1/2
El despertador espiritual	4	El cautivo de Girona.	1/2
Sermón burlesco del Dr. D. Tomates.	4	Don Rodulfo de Pedrajas	1/2
Sermón burlesco pronunciado en la boda de dos gibados	1	Amores de Pedro Cadenas	1/2
Rosaura la de Trujillo	1/2	Francisquillo el sastre.	1/2
Nombres, costumbres y propiedades de las mujeres	1/2	El rigor de las desdichas.	1/2
Los motivos que tienen los hombres para no casarse.	1/2	Los treinta reales.	1/2
El mozo soltero.	1/2	El que metió la cabeza.	1/2
La dama de los quince novios	1/2	El ganso en la botillería.	1/2
		La calabaza y el vino.	1/2
		El borracho (monólogo).	1/2
		Pedro Chinchón y Paco Gil.	1/2